

Sea que la marcha de los acontecimientos ó sea que la concen-
 cia de los intereses no favoreciera la expedición al Puerto de Guana-
 ja, es el caso que el gobernador de Guanajuato en lugar de protestar
 contra la tiranía del Sr. Juárez como lo ofreció fácilmente, entregó
 dos mil hombres llamados y muy bien equipados al general Sotomayor
 Rocha.

Con esto el movimiento de apresto de los caudillos de la Frontera
 y Occidente quedó neutralizado y hubo de convertirse en nuevo plan
 para oponer la última batería á la dictadura.

Los momentos supremos se aproximaban con la celeridad que acom-
 paña á los malos sucesos; la desmoralización comenzó á cundir y ya
 no había mas remedio que dejar se unieran la columna de Rocha an-
 mentada con los elementos de Guanajuato con la que guardaba la ca-
 pitul de Potosí.

Todo movimiento de retroceso para nuestros soldados que aumenta
 en pro el ataque, infunde de una manera decidida en su moral, y para
 nuestros pueblos que no pueden estar al tanto de las combinaciones
 militares importa una fatídica detota. Así al levantar el campo del
 Puerto de Cuarenta se perdieron entre los saqueos y las afecciones de
 las tropas constitucionales, mandos de espartanas y de ilusiones que
 pedaban sustituidos por el temor y el abatimiento, por la desconfian-
 za y por la timidez. Al acercarse la columna gobiernista y retroceder
 la detentora de las garantías, iban cambiando en la balanza de las
 probabilidades los pesos de uno á otro lado, y en vez del desec ardien-
 te de un choque decisivo se amortiguó con el de un inminente fracaso.
 Entretanto la columna reeleccionista vacaba en su moral, y en vez
 de pretender contribuir con su silencio al triunfo del pueblo, cambió
 en firme resolución aliada con la victoria que había cañado su pre-
 sencia.

Están á una sola jornada de distancia ambos contendientes, y sin
 embargo el general Rocha vacila en desamparar sus líneas avanzadas.
 En cambio los generales de la revolución temidos en consejo de
 guerra deliberan lo conveniente sobre el asunto arduo que se va á de-
 batar con el juicio de la fuerza. Allí no se reconoce una sola voz de
 mando, sino que se determina la posición del combate ni se hacen pre-
 parativos para resistir á los enemigos de la Constitución.

En lontanas se ven los polvos, los lanzamientos que se van detri-
 guando sin poderse alcanzar, mientras los vijilas el Dios de los desti-
 nos. Quien sabe lo que resulte á la patria al encontrarse frente á fren-
 te esos dos colores intérpretes mudos de la dictadura y la libertad!

del sacrificio de las conquistas de los venerables patriarcas de la san-
 ta independencia, era la única salvación para un estado de cosas tan
 excepcional y que reconocía por origen las ambiciones personales de
 unos cuantos hombres que encasaban ambos ejércitos.

La marcha de los acontecimientos se fue disponiendo de la manera
 mas favorable para la reeleccion aunque á costa de los últimos recen-
 sos de la comunidad. El lujo del ejército que se ostentaba para hui-
 llar al pueblo trabajador, forma en estos dias un terrible contraste con
 la miseria en que se ha dejado al proletario. Cada cinco de oro que
 llevaban los oficiales, despues de un analisis químico, la veríamos
 compuesta de las privaciones de la muchedumbre de la hambre, de
 las lastimas de los huérfanos que comienzan á sentir desde su cuna el
 enorme peso de las tiranías.

Todo se ha conjurado en contra de un pueblo que erigió un altar á
 su independencia á fuerza de las vidas de sus valientes antecesores;
 parece que en México se ha conjurado contra el espíritu de su patria y honra-
 do, pues á este se le exige el sacrificio de su pan y su vida para con-
 servar la dictadura, y mas aún, el portento de su familia para intro-
 ducir el despotismo y borrar la huella de libertad que nos iniciaron
 los Hidalgo, los Morelos, los Xaragoza, víctimas santas que se conser-
 van en el martirólogo de la independencia nacional como el único
 consuelo al atigido pueblo que pierde por momentos sus mas preciosos

CAPITULO III

Continuacion de la misma materia.—Un parte telegráfico de sensacion.—Lo que es una batalla.
 Filosofía de la guerra.—El puerto del Carnero.—Reflexiones de los triunfos del gobierno.—Mu-
 chos contra pocos.—Recuerdos y consideraciones.

el juicio de la fuerza se va á debatir la verdad que han proclamado
 los caudillos de los pueblos y para ello el juramento se ha revestido de
 todos los poderes, de todas sus armas, de toda su influencia, desde
 el juarismo semejante á la cabeza de Medusa hacia daño á todos,
 y menos á los que lo tiraban de los cabellos; los hombres mas cor-
 rompido se vanagloriaban de pertenecer á una secta sin mas princi-
 pios que la destruccion y sin mas programa que el terror, el incendio
 y todo género de exesos.

Los jefes de las armas de la reeleccion habian sustraído como Cár-
 los V, su conciencia, y no vacilaban en ser los mas serviles instrumen-
 tos de la venenosa y corruptora política que sembró el C. Lerdo en el
 gabinete del Lic. Juárez, como la recompensa de los beneficios que
 á este debió. Fatal situación para un país que durante siete años viene
 luchando por su libertad.

La diplomacia del Lic. Juárez era un verdadero *tonel de las Danae-
 des*: á fuerza de calidades contradictorias y de aserciones casuales ha-
 bia podido encadenar la suerte del país de tal manera, que no seria
 posible ponerla en aptitud de obrar segun las inspiraciones de la opi-
 nion pública: la torrente de escritos ambiguos perdió la brújula á los
 que llevaban á su cargo la inmensa tripulacion y se aguardaba aun-
 que remotamente un naufragio para perder de vista al adversario.

Nuestros Aristippo, Teodoro, Pyrrhon, habian confundido la virtud
 con el vicio y no se cansaban de predicar desde los bufetes de las re-
 dacciones que un orden incompatible con la libertad, una paz á cambio

del sacrificio de las conquistas de los venerables patriarcas de la santa independencia, era la única salvacion para un estado de cosas tan escepcional y que reconocia por origen las ambiciones personales de unos cuantos hombres que encabezaban ambos ejércitos.

La marcha de los acontecimientos se fué disponiendo de la manera mas favorable para la reeleccion aunque á costa de los últimos recursos de la comunidad. El lujo del ejército que se ostentaba para humillar al pueblo trabajador, forma en estos dias un terrible contraste con la miseria en que se ha dejado al proletario. Cada cinta de oro que llevaban los oficiales, despues de un analisis químico, la veriamos compuesta de las privaciones de la muchedumbre, de la hambre, de las lágrimas de los huérfanos que comienzan á sentir desde su cuna el enorme peso de las tiranías.

Todo se ha conjurado en contra de un pueblo que erigió un altar á su independencia á fuerza de las vidas de sus valientes antecesores; parece que en México es un crimen ser ciudadano patriota y honrado, pues á este se le exige el contingente de su pan y su vida para conservar la dictadura, y mas aún, el porvenir de su familia para entronizar el despotismo y borrar la huella de libertad que nos iniciaron los Hidalgo, los Morelos, los Zaragoza, víctimas santas que se conservan en el martirologio de la independencia nacional como el único consuelo al afligido pueblo que pierde por momentos sus mas preciosos dones.

Mas y mas se aproximan las horas supremas de la redencion. Ante el juicio de la fuerza se va á debatir la verdad que han proclamado los caudillos de los pueblos y para ello el juarismo se ha revestido de todos los poderes, de todas sus armas, de toda su influencia, desperdiçando hasta las últimas chicanas para oprimir con su yugo fatal al valiente ejército de los constitucionalistas.

II.

El 4 de Marzo en el periódico oficial del Sr. Lic. D. Benito Juárez, aparecia con letras gordas el siguiente parte telegráfico bajo el rubro de "Triunfo de las armas del Supremo Gobierno."

"Telégrama.—Remitido de Villita el 4 de Marzo de 1872 á las once de la mañana y recibido en México en la misma fecha á las once y media de la mañana.

De Zacatecas, Marzo 3 de 1872.

C. Ministro de la guerra.—Como dije á vd. en mi anterior, el enemigo aceptó la batalla estableciendo su línea apoyada fuertemente en el cerro de la Bufa y Bolsas.—Llegué á las doce de ayer á su frente; en el acto comenzó el combate, y despues de cinco horas de una lucha encarnizada, tuve la gloria de derrotarlo completamente, dejando en mi poder su artillería, trenes y multitud de prisioneros, una cantidad inmensa de armamento y municiones y algunas banderas.

Los restos del enemigo van huyendo, unos rumbo al Fresnillo y otros al de Jerez; dichos dispersos son pura caballería, pues perdieron toda su infantería. Mi caballería sale dentro de algunos instantes en su persecucion. Sírvase vd. felicitar á mi nombre al C. Presidente de la Republica por este brillante triunfo, reservándome dar á vd. parte circunstanciado de este hecho de armas tan luego como reciba todos los datos necesarios.—S. Rocha."

El pueblo que aguardaba con avidéz la noticia del choque de los dos ejércitos, recibió con notable frialdad el telégrama, pues su ánimo preparado de antemano por los redactores del *Diario Oficial*, hizo que no viera tal noticia con la sorpresa que desaran los huéspedes del Palacio Nacional.

En efecto, hubo truenos y carreras, síntomas fatales de un combate, pero no esos cuadros que nos pintan los Homeros empiricos de nuestra ingeniosa literatura.

La batalla habia comenzado entre nubes de polvo, los soldados habian duplicado sus fuerzas, los proyectiles llovian sobre los hombres, los cañones vomitaban fuego, y el polvo, las fuerzas, los proyectiles, los cañones, todo contribuia á aparecer el espectáculo de la batalla como una sin igual matanza. En seguida las carreras, mas tarde los clarines sofocados por la gritería de las masas, despues el llamamiento á los vencedores que traian en sus sienes coronas de laurel, que provablemente lloraban preparadas de antemano.

Los prisioneros y el botin son los dos puntos mas interesantes de un combate. Sin prisioneros no hay gloria, sin botin no hay motivo para desgañitarse con el triunfo.

Despues de señalar como presas de buena ley á los que tienen la suficiente dignidad para no correr al mirar al enemigo, se llega á la poblacion mas inmediata á pedir á las campanas su contingente de adulacion.

El soldado que enseña con gala á sus prisioneros tiene el derecho de creerse un antropófaga; así lo mira el público.

Los generales que ven con cierto desparpajo á sus prisioneros y les van á ofrecer cigarros y alcohol, demuestran á la multitud su vivo deseo de llamarse generosos.

En México abundan los generosos. Las batallas de la época de la Noria tienen multitud de rasgos de benignidad. Al menos las que presenciamos tienen tanto de cómico como de dramático. Es el caso que un jefe dispone el encuentro, manda hacer fuego con las carabinas y ocupa la posicion del enemigo. Este por su parte ve llegar á su adversario, oye con sangre fria las primeras detonaciones que se hacen dos horas antes del choque y despues toma el mejor partido: correr á todo escape.

Para llegar á tan grandiosos resultados han tenido lugar doce consejos de guerra, en los que se ha reflexionado la conveniencia de dar pasto á la caballada, y rancho á la tropa.

Los fusilamientos deben traducirse como una brillante ocasion para adquirir el epíteto de valiente.

Nuestros guerreros tienen la máxima de grabar su nombre en la historia con la soga que atan á los oficiales vencidos. Por lo tanto no es raro que en una batalla á donde murieron doce soldados por el fuego del enemigo, y otro soldado por otro accidente cualquiera, aparezcan hasta veinticuatro muertos que se dejan para experimento en el campo de la accion.

La sangre es una cuestion muy trascendental.

El que hizo correr al enemigo sin matarle á uno de los de su estrema retaguardia no es un soldado ameritado; pero si tiene la fortuna de recoger un cadáver de caballo entonces sí ha conseguido una victoria.

La sangre de los heridos es un artículo de primera necesidad.

Todo parte para que sea detallado y honre al que lo escribe debe tener la siguiente frase:

"x entre muertos y heridos"

Y ahora, cómo no ha de ser un Napoleon, un César, un Aquiles el que ha recojido prisioneros, heridos, muertos y equipajes de artillería?....

El armamento capturado constituye una espléndida victoria, pero si entre este hay un obus reventado, una cajuela, ó por lo menos dos metrallas, el triunfo ha tomado proporciones colosales; el campo ha sido una parodia de Agramante.

Llega la noticia de una funcion de armas á la capital; se pregunta cuánto tiempo duró el choque; si en este se han quemado muchos cartuchos la batalla ha sido grande, pero si el general en jefe desenvainó su espada, hubo carga á la bayoneta y los coraceros se despedazaron las orejas, ya tiene nuestro jefe los elementos para una gran reputación.

Cada jefe cuenta con su Homero, y en eso está en su derecho; pues bien, este literato bosqueja una pintura desgarradora. No faltan los dedos despedazados, los cadáveres quemados, la luz pavorosa; el despliegue de las banderas, las cortinas de argentada luz, los planetas ofuscados adornan la pieza que se remite al Palacio Nacional.

Fatal mutilacion, amplificacion y descomposicion va á sufrir el documento. Como el gobierno es moderado no gusta de las alabanzas en tan grande escala al jefe que no tiene mas mérito que cumplir con su deber, por lo tanto se mutila el parte en todo lo que puede hacer crear una entidad. El gobierno á quien se debe el triunfo tendrá á bien agregar todos sus sacrificios por conservar la paz interrumpida por bastardas aspiraciones, y puede amplificar el parte para hacer que la comunidad vea cuanto se afana la administracion por cumplir con su deber. Por último, el ministerio juzga conveniente reformar la nota del general aumentando ó quitando los pormenores; y sin decir mentira, la imaginacion de los ministros suple con ventaja la verdad.

El telégrafo si existe, está monopolizado por el Ejecutivo, las vías de comunicacion se interrumpen, y mientras llegan las noticias, se ha creado en el ánimo de la multitud la consiguiente suma de candor para confundirse en el piélago de escritos que se lanzan á la prensa

En el campo de los revolucionarios hay pormenores que no deben llamarnos menos la atencion.

Comienzan las interpretaciones y siguen las disculpas.

Se formula una noticia para levantar la moral.

Si han quedado restos, huyen despavoridos.

Si hay dispersos, cada cual vuelve á su casa y... hasta la otra.

III.

Pocos dias despues de la batalla de la Bufa y Bolsas, se libraba en San Luis Potosí otro combate, en el Puerto del Carnero.

La línea avanzada del general revolucionario Francisco Narvaez, llegaba por el Oriente hasta la hacienda de Peotillos, estendiéndose hasta Armadillo, cubriendo sus flancos los destacamentos de Bocas y Saucedá.

La situacion militar del general Narvaez no era de las mas estratégicas, aunque para hacer una guerra defensiva prestaba todas las ventajas que se pudieran concebir.

Nosotros hubiéramos deseado que se sustituyeran las guerrillas á las brigadas, pues sea que los soldados de la insurreccion no gustan de las ordenanzas, sea que á los voluntarios mas les place andar desvandados para molestar al enemigo que en formaciones que casi siempre les estorban, de todos modos hubiese sido mas provechoso á la causa del sufragio libre atacar en su propio terreno á la tiranía sin presentarle un simulacro de batalla.

Narvaez mandaba cerca de mil hombres divididos de la manera siguiente:

600 infantes á las inmediatas órdenes del coronel Juan C. Chasco.

300 caballeros en seis escuadrones con sus respectivos jefes.

20 artilleros encargados de custodiar dos obuses de montaña.

A semejantes elementos, reclutados en unos cuantos meses, con armas especiales, cada soldado, se les va á presentar triple número de fuerza disciplinada y veterana, con magnifico armamento y en las mejores cendiciones de disputar á las mas atrevidas tropas de la tierra un camino que se pretendia defender por los valientes guerrilleros de San Luis.

La columna que de la capital del Estado salió para someter á los sublevados del Oriente fué puesta á disposicion del general Marcos Carrillo.

Ademas el Coronel Zepeda fué nombrado jefe de las caballerías.

El Coronel Sanchez Rivera tomó el mando de una Brigada de Infantería, llamada Brigada de confianza y de operaciones, por ser su jefe práctico en el teatro adonde se iba emprender esa campaña.

Todavía se ignoran los movimientos extratéticos de ambos contendientes, pero por lo que hasta hoy ha salido á luz sacamos algunos datos que nos ayudarán á compilar los sucesos del Estado que con razon se llamó la manzana de la discordia de los porfiristas.

Al salir de la capital el general Carrillo llevaba instrucciones de perseguir hasta donde alcanzara á las fuerzas restauradoras de las garantías individuales. Se desprendió del total de su columna con 250 hombres y con 500 mas dejó cubriendo su espalda á fin de evitar que se le batiera por dos lados simultáneamente.

Tan luego como el general Narvaez supo la importancia de la columna que iba á atacarle, reconcentró sus fuerzas; pero no habiendo obedecido una parte de éstas la orden referente, se encontró en una actitud muy difícil, y aun desesperada.

La columna del gobierno seguía impávida su marcha, continúa compacta y dispuesta á llevar la persecucion hasta el límite de la República. Por otra parte, las fuerzas constitucionalistas divididas y demoralizadas seguían el rumbo de la Huasteca como el postrer refugio que les quedara á tan complicada situación.

El resultado de la discordia no se hizo aguardar; al avistarse la columna del general Carrillo en la Carbonera, las fuerzas del general Narvaez resintieron grandes deserciones; además, pocos días despues en la Hacienda de Santa Catarina, los mismos que desobedecieron la orden de reconcentracion lamentaron la pérdida total de los elementos que usurparon al valiente general Narvaez.

Después de marchas forzadas con las penalidades anexas á un clima feroz, sin agua y sin pan, medio desnudos los soldados de la insurrección, tomaron posesiones en el Puerto del Carnero, para esperar el *consumatum est* de los reeleccionistas.

El 31 de Marzo se avistaron los polvos de la columna expedicionaria del gobierno, á las doce del día se rompieron los fuegos, y á las seis de la tarde se levantó el campo por las fuerzas del Sr. Juárez.

Entre los prisioneros que se hicieron á las tropas constitucionalistas, se encontraban el Teniente Coronel Ignacio Portillo, y el alférez Guillermo Rivera y Rio.

En los momentos de formarse el cuadro para asesinar á sus compañeros de prision, llegó un jefe mandado por el general Sanchez Rivera, diciendo al general Carrillo que el Teniente Coronel Ignacio Portillo era su pariente, y le pedia como recompensa al triunfo, le salvase la vida.

Este incidente hizo suspender la ejecucion.

IV.

El general Rocha seguía con su columna el Estado de Durango; el general Corella, gobernador de San Luis, organizaba una numerosa

expedicion para ir á batir los restos de las huestes porfiristas que habían emigrado á la frontera del Norte.

Como se vé, la destruccion de los revolucionarios en la Bufo no fué mas de un deseo vehemente del gobierno, pues todavía se preparan nuevos aprestos para combatirlos, no obstante que habian entregado hasta sus almacenes en la ciudad de Zacatecas.

En estos dias se celebraba con gran pompa el aniversario del natalicio del presidente Juárez.

Por este motivo, y con los respectivos triunfos que anunciaba la prensa oficiosa, no dejaron de encenderse muchas luces en los edificios públicos, y quemarse infinidad de cohetes.

El C. Juárez creía vencida la revolucion; auguraba una época de paz, pues realmente la tercera de las tentativas seria mas desgraciada y mas funesta para el país.

Se ha restablecido la dictadura en gran parte del territorio mexicano, pues hoy se necesitan nuevas tropas que vijilen y cuiden el lugar que pisan. Hoy no es una guerra de ejército á ejército, sino de guerrillas contra grandes masas que las hostilizarán sin tregua.

Las condiciones topográficas del continente mexicano, su estension, la diversidad de castas, todo hará que la revolucion iniciada por el general Porfirio Diaz en la hacienda de la Noria sea inapagable, siempre que la política del ministerio no cambie, en favor á los intereses nacionales.

Ahí está el mal: en esa política tenebrosa, en ese caos de pasiones, en esa sed de adulacion y riquezas sin mas trabajo que el sacrificio de la dignidad. Por la política hay verdugos y víctimas, por ella hay hambre que contrasta con el festín de los cortesanos.

Qué viene á decir para un pueblo acostumbrado á luchar con enemigos colosos la buena suerte de un dictador durante una batalla?

Nada absolutamente. Tras una pérdida vendrá nueva fé que consuele la desgracia, tras un fracaso vendrá con mejores bríos el ciudadano á reconquistar siempre sus derechos.

La causa de la guerra está en pié, y mientras exista, aunque se ganen mil batallas habrá siempre enemigos de la tiranía; porque cada ciudadano es enemigo nato de un gobierno que vive para atormentar la sociedad.

Así pues, la mayor ó menor suma de felicidad de una columna expedicionaria nada tiene que decir en el exito de la guerra, cuando ésta es de principios. Antes de medidas extremas, de sangre y pólvora

apele el C. Juárez al desarme de sus enemigos volviendo á la ley; y entonces en lugar de sembrar el terror, de sacrificar á sus gobernados por el único delito de haberle abdicado su soberanía, les hará entregar sus armas sin promulgar al mundo que en la América latina se

conoce y vive la ingratitud; entonces si se conseguirá en un solo momento dado, ver rodar á los mercenarios que sacrifican la reputacion de un patriota, ante las necesidades de un estómago perezoso.

Para una persona de la talla del Lic. Juárez que habia estudiado el carácter nacional en todas sus facés, no hubiera sido difícil dar un

golpe soberbio á su rival que se escondaba tras los muros del Palacio de Justicia. El germen de nuestras desgracias allí estaba, y de un solo arranque pudierase libertar sin duda los infinitos males que agobiaban al país.

El ministerio era tambien una rémora para la paz pública, pues cada secretario delirante con su vanidad, trataba de poner escollos á la máquina administrativa á fin de lucir sus dotes monarquistas. En una palabra, no es hiperbólico decir que el Sr. Juárez estaba traicionado.

Al acercarse el final de la revolución de la Noria, nos resta demostrar que no es posible en México torcer las instituciones sin que se haga sentir en seguida la mano de la justicia que viene ciega y armada contra los falsos mandarines de los pueblos.

En la primera tentativa, la revolución venia hambrienta de riquezas, pues aunque justa, los que movian las masas eran conocidos del pueblo inteligente como unos salteadores de oficio que no serian menos malos para el gobierno del país, que los pretendidos redentores de la constitucion.

Por eso en lugar de seguir los ciudadanos á esos criminales jefes, se abstuvieron; en lugar de dar su contingente de sangre á los héroes del plajio, huian despavoridos conservando una difícil neutralidad.

Despues de ese movimiento descabellado de Sinaloa que murió como las víboras, y esto fué una fortuna, no se oyó el grito de rebelion en el país hasta que la política del Sr. Lerdo fué tan clara que hizo temblar hasta los cimientos del verdadero liberalismo. Entonces la insurreccion vino compacta, cada publicacion dió sus elementos hasta que la calumnia y las traiciones hicieron aplazar esa regeneracion que hoy dá frutos tan benéficos.

La dictadura se entronizó engolfada con ese vergonzoso triunfo, pero el pueblo mas ofendido preparaba sin sentirlo el golpe de gracia.

Los caudillos fueron llamados, el pueblo erijido en juez de sus traidores coadyuvó de una manera decidida á formar el tribunal tenebroso de los tiranos; pero no siempre se pueden hacer los escarmientos necesarios para augurar con el ejemplo una era de paz; esta es una de las desgracias adherentes al cuerpo social, y su fácil explicacion consiste en que la corrupcion de la política forma cobardes y miserables denunciantes.

Estos ejemplos, unidos al recuerdo de la historia nos revelarán de hacer palpables las muestras pretendidas acerca de la imposibilidad de la diotadura mexicana. En este país privilegiado se puede dar el primer golpe á la ley, pero en seguida se alarma la multitud, y como la espada de Damocles se coloca sobre la cabeza del tirano, á quien no

le librará del castigo inmediato ni el oro, ni el terror que siembre, pero sí la mas cumplida satisfaccion á sus gobernados, volviendo siu demora al camino que le han trazado los vástagos de la independenciam.

El pueblo no desmaya; vé sus fatigas y sus penalidades olvidadas; el recuerdo de un miembro de la familia, perdido en el campo de batalla se mitiga con la esperanza de que su sangre halla contribuido á la felicidad de los que vienen; duerme tranquilo en su hogar durante una corta época para resarcirse de sus fuerzas, y entonces mas brioso, mas decidido, se precipita nuevamente y cuantas veces sea necesario para que la caída humillante de los déspotas le dé el mas cumplido parabien á sus instituciones santas.

En fin, hasta hoy ha triunfado en México el pueblo. ¿Será así, en lo sucesivo? No hay razones para creer lo contrario, pues antes bien, la suma de esperiencia conquistada es un buen presagio para tener fé en los sostenedores de la Carta fundamental de 1857.

CAPITULO IV